

Tres poemas



CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Carlos Drummond de Andrade (Minas Gerais, 1902-1987) formó parte del movimiento modernista brasileño que en los años veintes vino a insuflarle a la poesía y a las artes del país sudamericano un nuevo y vital impulso, alimentado —en gran medida— por los influjos de las vanguardias artísticas europeas. Su más célebre poema “En medio del camino” —publicado en 1928 en la Revista de Antropofagia— fue piedra de escándalo y suceso medular dentro de la poesía moderna brasileña. La obra posterior de Carlos Drummond de Andrade se sustenta en la sencillez del lenguaje, el humor —no exento de cierta ácida ironía—, el compromiso político y la insoslayable pasión amorosa. Recursos coloquiales y economía verbal confluyen y cohabitan en la obra del brasileño —que ha llegado a ser el poeta más popular y leído en su país.

Los poemas que aquí presentamos pertenecen a su libro póstumo Farewell, publicado en Brasil. Testamento y despedida que se aquilata en la saudade, en la pérdida del amor y en el sufrir —“ese otro nombre del acto de vivir.”

Víctor Sosa

Misión del cuerpo

Claro que el cuerpo no es hecho sólo para sufrir,
pero sí para sufrir y gozar.

En la inocencia del sufrimiento
como en la inocencia del gozo,
el cuerpo se realiza, vulnerable
y solemne.

¡Salve, mi cuerpo, mi estructura de vivir
y de cumplir los ritos de existir!
Amo tus imperfecciones y maravillas,
las amo con gratitud intercidentes.
En ti me siento dividido, campo de batalla
sin victoria para ningún lado
y sufro y soy feliz
en la medida de lo que tú me ofrezcas.

¿Será acaso así,
será ley divina o dragonaria
que me parte y reparte en pedacitos?
Mi cuerpo, mi dolor,
mi placer y trascendencia,
eres, finalmente, mi ser entero y único.

El peso de una casa

La maison de mon pere était vaste et commode
merecía de mí un soneto o una oda.

Yo no supe entenderla y no supe trovarla.
Sólo resta, exigua estampa, el frescor de una sala.

Aquella egregia escalera, aquella austera mesa
desaparecieron para siempre en lances de incerteza.

Caen los muebles en el polvo y ondulantes cortinas
ya no revolotean en el silencio de Minas.

Oigo el tintineo de un vaso, el rodar de una tapa,
sonidos hoy iguales al caer de una hoja.

Y las tablas que estallan en insomne susurro
La vieja tradición de la terca familia.

Y pasos de los antiguos, y griterío de niños
migran de muy atrás en parábolas mansas.

Me pierdo visitando los clausurados cuartos
y en ellos entreveo un correr de lagartos,

formas accidentales de una angustia infantil
que se estructura luego en castillo febril.

Soy yo solo llevando el peso de esta casa
que no es otra cosa que sepultura rasa.

Invocación airada

Quedó el nombre en el sazón de la comida,
en las fibras de la carne,
en la saliva,
en el oro de la mina quedó el nombre.

El nombre desleal que me arrancas
cual si fueras puñal o fiero buitre,
que yo hice para que permanecieras
dentro de mi ser, ya que fuera de él
no existes ni noticia ninguna te preserva.

Huye, huye bien lejos de mí,
hasta donde la mente delirante alcance.
Te suplico que dejes
un vacío sin esperanzas de llenar,
amplio, taciturno, espacio irremediable,
pero déjame, suéltame, evapórate
de mi vida toda y mi pensar.

Sé que no me escuchas,
eres indiferente a mis llamados
y no dependes de tu propio querer.
Gas que fluctúa,
perversa esencia eterna torturante,
vete ya, ve,
anillo satánico de vocales y consonantes
que esta boca repite sin querer.

VERSIONES DE VÍCTOR SOSA